

COMENTARIO OBLIGADO

Todos los días formulamos en la tarde el más sincero voto de no preocuparnos más de la intelectualidad y de la literatura presidencial; pero, a la mañana siguiente, al leer los diarios nos encontramos cada vez con una producción despampanante de S. E. ¡Con qué positivo y real sentimiento de amargura nos cambiamos con las personas de la casa, con los amigos, con los comerciantes, los naturales comentarios sobre esas frases impropias, inoportunamente dichas o que dan la impresión de una inquietud espiritual alarmante!

En esa hora matinal en que apenas hay un ruido en la calle, uno piensa hasta qué punto está obligado, como periodista, a echarse encima odios, malas voluntades o juramentos de venganza. Sería tan fácil hacer la misma labor tratando temas sociales, literarios y artísticos. Las revistas que estudian estas materias, los libros encargados a Europa o comprados en todas las librerías de Santiago, van acumulándose con sus páginas sin abrir. ¿Y qué se hace? Fácil y brillante tarea es acariciar los oídos con noticias de arte, con disquisiciones de un simpático sentimentalismo místico, con crítica literaria o con vulgarizaciones pintorescas de la ciencia; pero es superior a esta voz del egoísmo la otra que le recuerda al periodista que es un ciudadano con una pluma en la mano y miles de personas que lo leen.

Los enemigos que no nos conocen hablan a veces de veneno y de pasiones. En los brazos de una mujer que tenía apenas quince años, abrí los ojos. Fui el último juguete de mi madre. Entre mujeres he vivido generalmente, y fui, soy y seré optimista. Mi vida ha sido escasa; pero fácil y alegre. Solamente una razón superior me ha metido en la lucha, y hoy marchó con los ojos cerrados hasta el fin. Nada y nadie me hará retroceder.

¿Cómo puede dejarse pasar, por ejemplo, que el Presidente de Chile diga en un discurso: "mi querida chusma", por el pueblo que le es fiel?

Con razón don Santiago Labarca comienza a impacientarse y se refiere a movimientos y lenguaje histéricos. Con razón "El Diario", de Buenos Aires, que no tiene en Chile corresponsales adulones o vengativos, se refiere al escandaloso discurso de la Moneda.

Lo que aflige es ver a un diario chileno serio, de rodillas ante todos los actos y gestos del Presidente; lo que inquieta y avergüenza es ver los telegramas de las provincias que creen en el conflicto del Ejecutivo y el Senado. En cuanto a los desfiles, esos no inquietan sino a los senadores a quienes les rompen los vidrios, pues bien sabemos todos que el noventa por ciento de los desfilantes salen de los asilos de desocupados con autorización de sus guardadores.

El señor Presidente ha hablado generalmente en una forma desusada. Ha creído que la revisión de los valores llega hasta la revisión del buen gusto y de la posición que se ocupa en el rango social. Y no; los hombres que piensan bien siguen hablando bien, "tanto aquí como en Jaén". Si algo no puede destruir el bolcheviquismo, es la inteligencia y el honor, el criterio y la dignidad.

Pues bien—y esto no es alegre, sino bien triste—el señor Presidente ha estado sumamente chabacano en estos discursos. ¿Por qué llama chusma al obrero que es capaz de ganar su vida con el trabajo y tiene el mismo derecho que nosotros de llevar levantada la frente?

Chusma es "conjunto de gente soez". En América, chusma es la indiada más baja. En Francia es la "racaille", "lo que hay de más vil y más despreciable en los bajos fondos". Con razón nos decían ayer unos obreros: "A nosotros no nos agrada que nos chusmee tanto don Arturo".

¿Lo dice por ironía? ¡Valiente y feliz ironía la que dura ya seis meses! ¡Curiosa ironía en un jefe de Estado que atraviesa jornadas serias y hasta graves!

Esta palabra ha salido del país. Esta palabra es malsana.

Y he aquí cómo rompemos por vigésima vez la promesa de no referirnos a estas desagradables materias. El señor Aldunate Echeverría estuvo, esa misma noche, muchísimo más discreto—según nos cuentan los mismos obreros—pues dijo: "Gracias, ciudadanos; el Presidente me llama por teléfono; vámonos para allá!"

J. Díaz Garcés.